

LIBROS EL LIBRO DE LA SEMANA

DOCUMENTO

Salvador Dalí y el estilo Residencia

DALÍ RESIDENTE
Rafael Santos Torroella
Ed. Residencia de Estudiantes y CSIC,
249 págs., 7.500 ptas.

Dionisio Cañas

En la jugosa introducción de Rafael Santos Torroella, que aparece en su *Dalí residente* (1992), el crítico aventura la idea de que quizás se pudiera hablar de un «estilo Residencia» para referirse a una cierta forma de ser, vivir, producir, por parte de algunos de los intelectuales y artistas que compartieron todo tipo de experiencias durante los años que vivieron en la famosa Residencia de Estudiantes de Madrid.

El núcleo de artistas a quienes se les presta más atención, a través de la correspondencia entre ellos, estaría compuesto por Luis Buñuel, Federico García Lorca, Salvador Dalí y, a manera de un genio sin obra, José Bello Lasiera.

El mayor atractivo de esta publicación es sin duda la recuperación de una figura como la Pepín Bello, no tanto por su obra, que casi es inexistente, sino porque nos plantea un problema fundamental de nuestra cultura: el de la legitimación de la personalidad y de la «oralidad» como obras de arte y de pensamiento.

Por otro lado, la importantísima correspondencia entre todos estos «residentes», confirma de igual modo que en los géneros literarios de creación no son necesariamente donde se encuentra «todo» lo que un escritor puede dar, sino que las relaciones epistolares, donde se mezclan vida, creación y pensamiento, pueden transformarse en piezas indispensables para acercarse a una obra.

Al leer la correspondencia entre estos amigos de la Generación del 27 uno se pregunta si desde las famosas «Cartas a Lucilio» de Séneca hasta esta vanguardista cartas de Dalí, Buñuel y Lorca, dirigidas a Pepín Bello, no son tan importantes como la mismísima obra de los autores consignados.

En efecto, la relación amistosa entre Pepín Bello y los otros artistas antes mencionados, aparece ampliamente documentada en *Dalí residente*, y el lector termina por convencerse de que, durante la tercera década de este siglo, Bello Lasiera llegó a convertirse en un horizonte intelectual y

amistoso para tres de las figuras más importantes de nuestra cultura: Dalí, Buñuel y Lorca; sin destacar otros nombres como el de Rafael Alberti o Emilio Prados.

Pero este volumen lleva un título bastante explícito, *Dalí residente* y, por lo tanto, es justamente el hecho de que Santos Torroella nos demuestra, con sagacidad y erudición, que en la obra y en las relaciones amistosas de Salvador Dalí, que se inicia en la Residencia de Estudiantes, se encuentra la génesis de su surrealismo, tan personal y tan único. Sin descartar, claro está, las relaciones del artista catalán con el círculo surrealista de París que, por otro lado, han sido ya ampliamente estudiadas y documentadas.

En la etapa de la Residencia de Salvador Dalí otra figura parece haber influido en el joven artista: el pintor uruguayo Barradas. Según Torroella, una «aguda» de Dalí de 1922, la que lleva por título *Sueños noctámbulos*, posee el interés de «revelarnos, de una parte, la mayor incidencia que en la pintura del joven Dalí habían empen-

zado a tener ciertas derivaciones del cubismo y el futurismo vistas a través del *clownismo*, el *vibracionismo* y el *simultaneísmo* del gran pintor y dibujante uruguayo». Y, de igual modo, en esta pieza del catalán, se advierte ya la «perspectiva del vértigo paranoico», la cual sería usada por Dalí frecuentemente en su obra posterior.

Durante el período 1922-24, Dalí habría aprendido de Barradas «algunos de sus principales recursos estilísticos»; lo cual hace que el autor de *Dalí residente* le llame a esta etapa la «época Barradas» o la «época Pombo». Este último asunto también tiene su importancia: es decir, el de la relación de algunos de los estudiantes más significativos de la Residencia con el Madrid nocturno de la época, y con las tertulias sabatinas de Pombo, presididas por el escritor Ramón Gómez de la Serna, el cual parecía haber sido uno de los «estímulos imaginativos y narrativos del primer Dalí». En la sección «Epistolario» de este libro emerge con fuerza la originalidad literaria de Dalí. En sus textos dirigidos a los amigos ya mencionados vemos cómo en el catalán se mezclan teoría estética, práctica estilística, y una

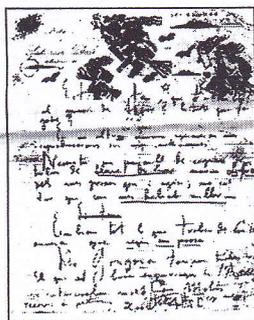


De izquierda a derecha: Pepín Bello, Moreno Villa, Luisa González, Luis Buñuel, Dalí y Juan Vicens.

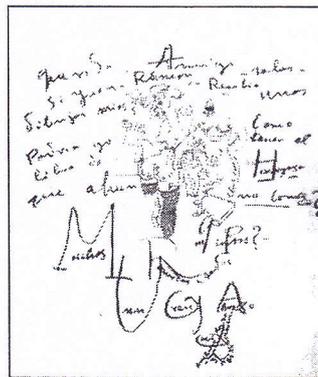
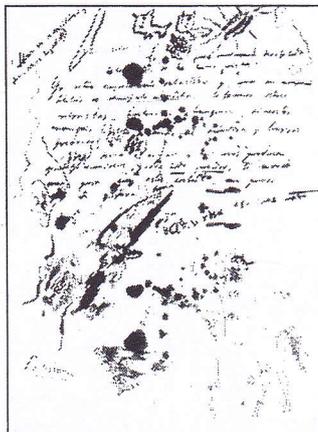
imaginación desbordante, con los asuntos más comunes de la vida cotidiana. El propio Lorca nos resulta mucho más pegado a un lenguaje tradicional; a pesar de que se pone a la altura del lenguaje de Dalí cuando le escribe a aquél. En una de las cartas de Buñuel a Pepín Bello escribe el cineasta: «... dentro de lo irremediablemente tradicional Federico es de lo mejor si no lo mejor que existe».

En dos entrevistas, que aparecen como «Apéndice» en *Dalí residente*, las cuales han sido «escasamente divulgadas y tomadas en consideración» —apunta Santos Torroella—, leemos unas declaraciones de Buñuel que, proyectadas sobre nuestra realidad artística actual, son bastante aleccionadoras. Una de ellas es cuando le preguntan al cineasta principiante si le interesa el arte y aquél responde: «Nada, y aún menos, el artista. Hallo con ventaja los sucedáneos, en las numerosas y novísimas creaciones de nuestra época». El propio Dalí, ya desde 1927 planeaba escribir con Lorca un *Manifiesto antiartístico* que teóricamente lo iban a firmar «sastres, motoristas, bailarines, banqueros, cineastas, maniqués...».

Lo que está claro es que la actitud rebelde de Buñuel y Dalí (y más moderada de Lorca) parecería



Caligrama de Dalí, con influencia de Ramón Gómez de la Serna.



Arriba: carta-caligrama de Dalí a Pepín Bello. Abajo: Carta dirigida a Benjamín Palencia.

haber sido entendida y fomentada por el gran amigo de los tres, Pepín Bello. Pero Lorca, después de escribir dos obras fundamentales, *Poeta en Nueva York* y *El público*, volvería a ser tan tradicional como en su obra anterior al viaje a los Estados Unidos y, sin embargo, Buñuel y Dalí apostarían por una producción absolutamente de vanguardia.

La importancia, pues, de este libro es la de que queda claro que en el joven Dalí había una «predispensión surrealizante», mucho antes de que éste hiciera su viaje a París y que, tanto la relación con sus amigos Buñuel y Lorca, como con Pepín Bello, cumplieron un papel fundacional, para que luego fuera acogido por los surrealistas que residían en la capital francesa como si hubiera sido siempre uno de los suyos.

Por último, quisiera señalar que no entiendo por qué razón Santos Torroella teme dejarse tentar por las «anécdotas», como una fuente de información para conocer la importancia de la influencia de Pepe Bello sobre sus camaradas de generación. Creo que, por lo contrario, las anécdotas pueden dar una idea mucho más clara de ese «estilo residencia» del que nos habla en su prólogo. Qué sería de la filosofía actual si no se hubieran recogido las anécdotas de Diógenes y de la escuela de los cínicos griegos en general.

Como escribía la poeta vanguardista rusa Marina Tsvietaieva: «Con frecuencia se ha comparado al poeta con el niño tan sólo por su inocencia. Yo los compararía por su irresponsabilidad. Irresponsabilidad en todo menos en el juego. Lo que para usted es un juego, es para nosotros lo único serio. Ni en el momento de morir seremos más serios».